

y con el génio mas privilegiado, y por lo mismo, que no pudo engañarse al escribir los cinco primeros libros de la Escritura Santa.

## II.

*Moises no quiso engañar.*

Tal vez parecerá difícil justificar este concepto con una prueba demostrativa, porque tratándose de un hecho puramente interior, como es un deseo de la voluntad, parece quedarse oculto á la inspeccion de la crítica, la cual no puede proceder sino sobre los datos ostensibles que le suministran los hechos. ¡Pero realmente es así! Convendríamos en esto, si el carácter, las acciones y la conducta no condujesen al observador al descubrimiento seguro de las resoluciones internas, de los designios formales y aun de las simples intenciones. Mientras un individuo no habla ni obra, mui difícil es, por no decir imposible, calificar su voluntad: cuando habla, suministra, con esto solo, á la crítica una luz que, si no la fija del todo, por lo ménos la enriquece de probabilidades: cuando obra, podrán conservarse aun algunas dudas durante la vida del personaje, porque acaso no será tan fácil relacionar íntimamente cierto número de acciones con la unidad de un fin que aun no se manifieste. Pero todas las nubes se disipan delante de la generacion que sobrevive, y de las que se suceden en el curso de los tiempos, cuando el individuo de quien se habla concluyó ya su representacion en el drama de la vida. La crítica entónces recobra toda su soberanía, y juzga con seguridad desde los hechos mas ostensibles hasta los hechos mas encubiertos. La persona de Moises, las funciones angustas que desempeñó en su patria, la influencia moral y política que ejerció universalmente por su legislacion y su historia, la notoriedad de su conducta y de sus acciones á causa de la eminente elevacion de su rango, le sacaron siempre de la condicion privada, le expusieron de continuo al juicio público y le colocaron desde su infancia, digámoslo así, entre ese respetable número de personajes, cuya conducta, cuyas acciones y pensamientos pertenecen á la historia. Conforme á estos principios puede juzgarse con seguridad la intencion de Moises como autor del Pentateuco, é inferir, á la vista de su carácter, que de nada estuvo mas léjos que de pretender engañar á su siglo y á la posteridad con un tejido fabuloso de imposturas.

Un impostor toma desde luego sus medidas con el fin de

alejarse hasta los medios mas remotos que pudieran facilitar el descubrimiento del fraude. Conforme á este sistema, se sirve igualmente de la oscuridad de los tiempos antiguos, de la multitud de las generaciones pasadas, de las tendencias de su siglo, y de las pasiones de sus conciudadanos. Moises obra de otra suerte; los hechos pasados desde la creacion los refiere á una antigüedad tan corta, como dos mil cuatrocientos diez años, segun el cálculo de los hebreos; y no teme decir, que ántes de ese tiempo nada existia mas que Dios. Esta antigüedad es mucho menor aun de lo que su número representa, si se considera con relacion al cortísimo número de generaciones que en ella coloca por la duracion extrema que en las primeras épocas del mundo tenian los hombres. ¡Qué cosa mas fácil, para descubrir la impostura, que este corto número de siglos y de generaciones! Pero Moises no se contenta con esto, sino que por medio del diluvio que, segun él refiere, hizo perecer á todo el género humano, á excepcion de ocho personas, abrevia bastante el cálculo, y hace mas fácil aún el descubrimiento de la verdad: porque segun el cómputo hebreo, desde el diluvio hasta el tiempo de Moises solo habian discurrido setecientos cincuenta y cuatro años. . . . .

Si Moises hubiera pretendido engañar, ¿se habria circunscrito en tan estrechos límites, para referir una inundacion universal que no interesaba en manera alguna á su objeto, y que por otra parte habria sido inmediatamente reclamada por toda la nacion, y despues aun por todo el género humano?"<sup>1</sup>

Las cosas mas extraordinarias que refiere Moises, y las que por ventura infundirian acaso mayor sospecha, son precisamente las que pasaron en su tiempo. Hablando de ellas un impostor, hubiera preferido los misterios y maravillas de la soledad, para construir el teatro de inauditos portentos con que burlarse de la credulidad del pueblo: Moises elige á este pueblo en masa para que dé testimonio presencial, auténtico y de vista, de cuanto refiere como sucedido en su época. A la verdad, que no habia camino mas peligroso para la seducción, ni argumento mas positivo y robusto para calificar al impostor de necio y mentecato, que traer por testigos oculares de la mentira á los hombres mismos á quienes se la quieren persuadir. Seria necesario que Moises hubiera sido el mas estúpido de los hombres, y la nacion judía una reunion de seres enteramente nivelados con los brutos.

<sup>1</sup> Ponthriand. El incrédulo desengañado, 2.<sup>a</sup> parte, cap. X. (Lo que está de letra cursiva no pertenece al texto, y se ha intercalado únicamente para robustecer la prueba, sin necesidad de un nuevo desarrollo.)

Un impostor nunca compone una trama, tan solo por disfrutar el goce especulativo y estéril de ver seducidos á los otros. La impostura ha sido en todos tiempos, es hoy, y será mientras no se cambie la naturaleza de las cosas, un medio subordinado á cierto designio; pero jamas un fin. Es ella un instrumento, pero no un objeto final de las pasiones, y nunca puede considerarse por lo mismo independiente de los intereses y de las miras personales del individuo que la practica. Examinad atentamente los discursos, las acciones y la conducta de un impostor; no perdáis de vista las relaciones de todo esto y el artificioso enlace con que está producido, y no discurrirá mucho vuestro pensamiento sin sorprender el secreto de todo en alguna mira de ambicion, de codicia, de prostitucion, &c. &c. Todo concurre al fin: nunca el impostor se olvida de sí propio, y á cada paso pretende comprometer á su favor el juicio de la multitud. Moises procede de otra manera. No se acuerda de sí, mas que cuando hace á su pueblo y al mundo una revelacion tan solemne como humillante de sus flaquezas. Necesitaba para seducir condescender con los vicios, lisonjear la vanidad y proteger las pasiones: pero él, muy lejos de inclinarse á este sistema, reprende á cada paso con fuerza y castiga con inflexible severidad las pasiones y los vicios de su pueblo: á cada paso le trata de idólatra, de supersticioso, de criminal: no teme ajar la tribu de Ruben señalando las flaquezas de este patriarca, ni la tribu de Judá trazando el principio y las consecuencias vergonzosas de su incesto. Pudo el temor sofocar durante un periodo del tiempo los movimientos de indignacion que debió concebir el pueblo judío; pero al acabar la vida de Moises, nada mas fácil que sacar á plaza su impostura y vengarse de la calumnia. Sin embargo, un silencio profundo signió á la muerte del caudillo, y su nombre ha pasado al través de tantos siglos, ataviado con una imponente majestad, que recoge todos los tributos y atrae de continuo la veneracion mas profunda de la posteridad judía.

Un impostor busca para sí las riquezas, el descanso, el regalo de la vida. Moises pasó la suya entre las mas borrascosas agitaciones de su gran magistratura, y las prácticas mas austeras de su piedad.

Un impostor, cediendo al irresistible poder que limita su existencia, trata por lo ménos de prolongar anticipadamente sus goces en la brillante suerte de una larga posteridad. Moises abandona sus hijos en el seno de la Providencia, y pone las riendas del Estado en las manos de Josué.

En los escritos de un impostor, por mucho esmero que se

ponga en ocultar el designio, parece que una fuerza irresistible y oculta vuelve á cada paso por los intereses de la verdad. Todo hace traicion á sus sentimientos: carácter personal, sistema expositivo, coordinacion de los hechos, artificio constante, estilo, &c. &c. Abrid el Pentateuco, y veréis aparecer juntas la franqueza del escritor, la sencillez mas sorprendente, el estilo mas llano en medio de una majestad que no nace de la elocuencia, sino de la naturaleza misma de los acontecimientos, del poder moral de las máximas, de la incomparable sabiduría de las leyes. Un escritor del pasado siglo adopta en favor de la verdad del Pentateuco una prueba inductiva, cuya fuerza de conviccion podrá ser despreciada por un talento superficial, pero puesta en muy alta estima por esos grandes hombres que han sabido apreciar mejor el valor de un paralelo histórico, verificado á la luz de la mas sana filosofía. Es un hecho, que todos los pueblos cuentan en su historia varios acontecimientos bien acreditados, y que se ligan mas ó ménos á los primeros sucesos del origen del mundo; que llegando á cierto periodo, se encuentran diversas fábulas por la oscuridad de los siglos; que sin embargo de esta confusion de verdades y fábulas, el análisis histórico nos hace comprender que todos los pueblos han tenido un origen comun; que saliendo de la historia santa, nada puede satisfacernos en otra parte por las contradicciones infinitas, los monstruosos absurdos, la ninguna concordancia entre la filosofía y la historia, y la mas completa falta de unidad acerca del verdadero origen y progresos del género humano. Ahora bien, hechas estas observaciones preliminares, oigamos la prueba del autor citado. "Si existe un pueblo, el único que haya conservado lo que va mas conforme con la antigüedad y la sana razon; si á pesar de su fanatismo y grosería, este pueblo extraordinario nos garantiza la divinidad de un culto que no obstante sus infidelidades repetidas, y *al través de las vicisitudes políticas y revoluciones diversas que ha sufrido por el largo espacio de muchos siglos*, ha visto siempre como una lei dada por Dios; si este culto mas simple y mas grande que todos los otros, proclamaba á un Dios criador y motor de todas las cosas, á quien debemos amar sobre nosotros mismos; si esta extraña nacion conserva un libro que condena cuanto nos repugna mas en las costumbres y opiniones de los pueblos del mundo; si reune al mismo tiempo lo mas noble y racional que vamos descubriendo separadamente en cada historia; si llena todos los huecos que en ella se encuentran; si explica las contradicciones que allí se notan; si junta y completa estos miembros esparcidos y mu-

tilados; ¡no es cierto que este famoso libro nos conserva la historia primitiva de los hombres en su primitiva integridad!<sup>1</sup>

Infírese de lo expuesto, que ningún historiador profano ha reunido mayores pruebas de su buena fe histórica, ya se consideren su carácter y conducta, ya se examinen sus escritos. ¡Y qué habría congnido Moises con aspirar á seducir á su pueblo! Téngase presente que Moises nada hubiera adelantado en sus designios, pues no podía tampoco engañar, aun cuando lo hubiese pretendido.

### III.

#### *Moises no pudo engañar.*

Los hechos que refiere Moises en el Pentateuco, son de una magnitud estupenda, de un interés muy grande, de una notoria publicidad, é íntimamente relacionados, ya con la historia de los otros pueblos, ya con la de la naturaleza. Bajo el primer carácter fijaban la vista de todos, prestándose por su permanencia al más riguroso exámen; bajo el segundo, inspiraban á la nación el más grande interés que puede imaginarse; bajo el tercero, tenían tantos testigos tradicionales ú oculares, según que entónces eran presentes ó habían sido pasados, cuantos eran los conciudadanos de Moises; bajo el cuarto, necesitaban hallarse en perfecta armonía con las ciencias y la historia natural. He aquí cuatro circunstancias que imposibilitan, cada una de por sí, el buen éxito de una impostura: pues cuando concurre cualquiera de ellas, nada es tan fácil como descubrir el engaño y condenar al impostor. ¡Qué dirémos cuando todas ellas se reúnen! Que es más difícil que se abra campo á la seducción, que el que se interrumpen las leyes de la naturaleza. ¡Por qué! Porque para engañar triunfando de estos cuatro obstáculos, era indispensable que concurriesen á un mismo tiempo todos los trastornos; el de las leyes de la naturaleza física, en el supuesto de que la narración les fuese contradictoria; el de las reglas de un sano criterio, puesto que un pueblo todo había de creer contra sus tradiciones, contra el tes-

<sup>1</sup> *Crillon*. *Memoires philosophiques*. Chap. XX. (Pág. 731 del tom. 11 de las *Demostraciones evangélicas*. Ed. de Paris de 1843. Es muy digno de estudiarse todo el capítulo, pues se dirige principalmente al desdoblamiento de esta prueba.

timonio constante de sus sentidos, una impostura altamente desmentida por la más clara, la más solemne y la más irresistible verdad. En este caso se hallaba Moises.

En primer lugar, por la magnitud de los hechos que refiere en el Pentateuco: la creación de un mundo; el origen y la genealogía de la especie humana; la caída del hombre; la cólera de Dios decretando el exterminio de la especie humana; el diluvio haciéndola perecer en sus aguas con excepción de ocho personas que subsisten para fundar el mundo que ha de sobrevivir; la confusión de las lenguas, fuente de la diversidad de las naciones y origen primitivo de los trabajos intelectuales que dieron nacimiento á las ciencias intelectuales; la vocación de Abraham, su genealogía, su historia; las vidas importantes de Isac su hijo, de Jacob, hijo de Isac, y de José, hijo de Jacob: he aquí los acontecimientos que Moises refiere como ya pasados. Las plagas de Egipto, dirigidas á la libertad del pueblo judío, el estupendo paso del mar Rojo, la publicación primitiva y la segunda promulgación de la lei, la mansión de cuarenta años en el desierto, precedida, acompañada y seguida de los más insignes milagros; Dios, hecho patente al pueblo sobre las cumbres del Sinaí por el ministerio de un espectáculo á par majestuoso que terrible: he aquí los acontecimientos que Moises refiere como pasados en su tiempo y á la vista de su nación. ¡Pueden darse cosas más grandes, más sublimes para el pueblo judío!

En segundo lugar, estos hechos inspiraban el mayor interés. Son ellos el grande, por no decir el único y exclusivo depósito de todos los temores y de todas las esperanzas, de todos los afectos diversos, de todos los recuerdos y de todas las previsiones, de todas las tendencias y de todas las miras, de todas las pesadumbres y de todas las glorias. Suprimid el Pentateuco, y buscad fuera de él una cosa que pueda interesar á un pueblo. Los pueblos se interesan por su historia, se interesan por los acontecimientos sociales de su época, se mueven por los temores y las esperanzas que descubren en el cálculo político sobre su condición presente y su suerte futura, por la influencia de su legislación y de su gobierno, por las grandes calamidades que les aquejan y por los recursos salvadores que les favorecen, por sus conexiones íntimas de familia, por sus relaciones con la naturaleza, por el esplendor y magnificencia de su culto. Prescindamos pues de este género de objetos, y no hallarémos uno solo que reúna ninguna clase de simpatías para el corazón de todo un pueblo. Tales son pues los hechos que refiere Moi-

ses. Sus libros son el depósito de la historia universal, del culto, de las leyes y de la política, así como su persona la fuente inmediata de todas las doctrinas, el centro de todas las relaciones sociales y el gran principio de todas las relaciones futuras. Historiador, legislador y profeta, hacia entrar en el gran círculo de su pensamiento y de su acción lo pasado, lo presente y lo futuro; y bajo este respecto, la empresa de seducir era de todo punto imposible, y por esta causa el triple genio de este ilustre personaje solo podía sostenerse en el concepto público por el incontestable poder de la verdad.

En tercer lugar, la notoriedad extrema de los hechos referidos por Moises. Si tratamos de los que precedieron, ¿qué cosa mas notoria puede oponerse en las memorias tradicionales de los otros pueblos, que la tradicion judia que fecundó el talento de Moises? No nos cansemos: en materia de historia, lo mas oscuro no es lo mas antiguo, sino lo mas complicado. Siendo pues cierto que no hai cosa mas simple que la primera tradicion judia, ni mas revuelta y confundida que las tradiciones extrañas á la historia de este pueblo, debemos concluir, ó que toda la historia es falsa y toda la crítica nula, ó que ningun historiador tuvo mayor impotencia de seducir que el autor del Pentateuco. Ya hemos dicho que á pesar de los dos ó tres mil años que las cronologías numeran desde la creacion hasta Moises, esta antigüedad queda mui notablemente reducida, por la compensacion que hace á la certidumbre histórica la prodigiosa duracion de los primeros habitantes de la tierra. En cuanto á los hechos contemporáneos, nos basta decir que los mas estupendos de ella, y casi generalmente todos, se suponen pasados á la vista de todo el pueblo; de manera que Moises parece representar aquí ménos el papel de un historiador contemporáneo, que la plaza de un secretario comisionado por una gran junta, para extender la acta de lo que ha pasado á la vista de todos, durante cierto periodo de tiempo. “Los prodigios que relaciona, dice Frayssinous,<sup>1</sup> no han acaecido entre las sombras de la noche, ni en países lejanos, sino delante de su nacion, cuyo testimonio invoca continuamente: designa las familias, nombra las personas, señala los sitios, y no teme decir á seiscientos mil hombres: “esto es lo que vosotros mismos habéis visto, y esto es lo que habéis oido. . . . .” En el último de sus libros, en el Deuteronomio, hace una

<sup>1</sup> Defensa del Cristianismo, tom. 2.º Moises considerado como autor del Pentateuco, parte 2.ª

recapitulacion de todos los sucesos maravillosos que pasaron por el espacio de cuarenta años, y acaba por decir á todo el pueblo: “vuestros ojos han visto todas estas grandes maravillas que hizo el Señor.”<sup>1</sup>

Podrá, si se quiere, un historiador infiel fraguar sueños maravillosos en el calor de una imaginacion exaltada, para seducir á la multitud, sorprendiendo su credulidad; podrá, si se quiere, invocar el testimonio de tres ó cuatro hombres desconocidos; podrá todavía comprometerles terminantemente á sufragar por sus delirios: pero no se trata de esto, se trata de hacer creer á una multitud, que ha estado viendo por espacio de cuarenta años lo que no ha llegado á ver ni un solo momento, que ha escuchado lo que jamas ha llegado á sus oidos, que ha puesto sus manos sobre lo que no ha llegado á existir. ¿Es posible engañar con una táctica semejante? “¿Qué impostor ha habido nunca, exclama Duvoisin, que haya expuesto al público sus mentiras, que haya invocado el testimonio de seiscientos mil hombres, y fundado el derecho de mandarlos en hechos evidentemente falsos, y en fábulas impertinentes, desmentidas por la pública notoriedad?”<sup>2</sup>

En cuarto lugar. Si los hombres se hubieran dejado seducir, dando paso á las mas insignes imposturas, con su silencio, y aun autorizándolas con sus mas esclarecidos testimonios, quedaba en pié la naturaleza, para desmentir por todos los siglos al impostor que se atreviese á suplantar sus anales y fingir sus épocas. Si la ignorancia de los primeros hombres veia los cielos y la tierra sin apercibirse de otra cosa que del espectáculo material, esta circunstancia, de suyo pasajera, debía ceder el campo á las especulaciones venideras y á los grandes é ilustres descubrimientos que el cultivo de las ciencias físicas habia de hacer para lo futuro en el inmenso campo de la naturaleza. Mas el tiempo ha proseguido su carrera, los descubrimientos han ido apareciendo en una perenne sucesion, el espíritu laborioso de los sabios, léjos de haber dejado ramo alguno por cultivar, ya ha traspasado, no pocas veces, la justa sobriedad de una prudente investigacion. ¿Qué impostura hubiera podido sostenerse ante el severo exámen de tanta diversidad de sabios, junto al cotejo de tantas experiencias, y á pesar del plan combinado del mas fuerte ataque preparado por la in-

<sup>1</sup> Oculi vestri viderunt omnia opera Domini magna que fecit. Deut. Cap. XI, vers. 7.º

<sup>2</sup> Autor, des liv. de Moise, II part., chap. 1.º  
TOM.—I. 39.

credulidad de muchos naturalistas modernos contra la historia de Moises!

Hemos probado que Moises no pudo engañarse, que no quiso engañar, ni habria podido conseguirlo, aun en caso de pretenderlo. Luego el Pentateuco es verdadero. ¡Pero lo es en todas sus partes! ¡No ha sufrido alteracion sustancial en el curso de los tiempos! He aquí las cuestiones que vamos á resolver.

#### §. IV.

##### *De la integridad del Pentateuco.*

Si el Pentateuco hubiera sufrido alteracion alguna sustancial, habria sido precisamente, ó por los judíos, ó por los gentiles, ó por los cristianos. Esto es del todo incuestionable. Desde Moises hasta hoy puede considerarse el género humano en dos épocas principales; una que precedió y otra que ha seguido al nacimiento del Mesías. En la primera de estas épocas no habia en el mundo mas que gentiles y judíos; en la segunda no hai mas que un resto de gentilidad, al cual puede referirse sustancialmente el mahometismo, y ademas de esto, el judaismo y el cristianismo. Si la alteracion se hubiera hecho en la época trascurrida desde Moises hasta Jesucristo, no habria podido verificarse sino entre los judíos, ó entre los gentiles; si en la época posterior, tampoco habria sucedido el fraude sino entre estos mismos ó los cristianos. Si pues fuera de los tres pueblos indicados, no hai otro que haya podido corromper el texto de las Santas Escrituras, y si en ninguno de estos ha sido posible que tal caso suceda con buen éxito, debemos inconcusamente mirar el Pentateuco como una obra que ha llegado hasta nosotros en toda su pureza é integridad. Veamos pues cómo ni los judíos, ni los gentiles, ni los cristianos han podido alterar el Pentateuco.

#### I.

##### *De los judíos.*

Esta alteracion, en caso de haberla, se habria verificado por un defecto de entendimiento, ó por un vicio de la voluntad; y como ninguna de estas dos cosas debe admitirse, concluimos con rectitud que el Pentateuco no fué ni pudo ser desfigurado por el pueblo judío.

Contrayéndonos á la primera especie de imposibilidad, debemos llamar la atencion de nuestros lectores sobre los medios económicos que proveian á la conservacion de estos libros, sobre el sistema doctrinal que fijaba constantemente en ellos la inteligencia del pueblo, sobre la facilidad suma de que este mismo pueblo conservase sustancialmente en la memoria el contenido de los expresados libros, y por último, sobre las medidas precautorias dirigidas á impedir alguna alteracion sustancial en las copias que circulaban entre los judíos.

Para guardar toda la lei y el depósito sagrado de toda la religion, estableció expresamente Moises una tribu entera, consagrada exclusivamente al cuidado mas escrupuloso de las cosas sagradas, y principalmente de los libros de la lei; esta era la tribu de Leví. En todo el curso de los siglos, hasta la venida del Mesías, el pueblo israelita tenia la obligacion estrecha de conformar, en todo tiempo y circunstancias, su conducta política, civil y sagrada, á las ordenanzas y disposiciones de la legislacion de Moises, confiada, como ya se ha dicho, á la custodia fiel de los levitas; y para que esta obligacion no quedase eludida, se prohibió, bajo los mas severos castigos, á todo género de personas, sin exceptuarse rei ni sacerdote, el añadir ó quitar á la lei la cosa mas ligera. Habiendo pues, por una parte, una gran tribu exclusivamente destinada á conservar la lei en toda su pureza; existiendo una prohibicion de alterarla ó modificarla en lo mas pequeño, bajo severísimas penas, y siendo, por otra, del todo necesario recurrir á ella, ya para fijar la época de los dias de fiesta, ya para velar en la ejecucion de los ritos, sacrificios, ofrendas y ceremonias, ya finalmente para legalizar todas las acciones civiles, públicas ó privadas, como los matrimonios, los contratos, los juicios, las honras fúnebres, las sucesiones y generalmente todo lo relativo á los usos y costumbres de la nacion, y estando el manuscrito autógrafo de este libro depositado en lo interior de la Arca de la Alianza, debemos convenir en que los medios económicos ordenados á la conservacion de aquellos libros, hacian de todo punto imposible cualquiera enmienda ó suplantacion sustancial, capaz de alterar su contenido y manchar su pureza primitiva.

Para fijar la inteligencia y facilitar la memoria del pueblo, bastaban los hábitos comunes que en el discurso de tantos años se formaron por la práctica diaria y constante de una lei que no podia sufrir alteracion; pero hai mas todavía: porque el sistema doctrinal, fielmente seguido entre los israelitas, facilitaba mas y mas el conocimiento teórico y práctico

de toda la doctrina contenida en el Pentateuco. Este libro, dice Statler, era el único donde se hallaban contenidos los preceptos de probidad y virtud á que debían arreglar exclusivamente su conducta los judíos. Estos tenían impuesta la obligación de manejarlos incesantemente, de meditarlos noche y día. En este libro aprendían á leer los niños de ambos sexos; y la educación que los padres debían dar á sus hijos consistía en enseñarles esta lei, en inculcárselas, en recomendárselas á su memoria, en prescribirles su observancia; porque solo en esta fuente podían beber el nutritivo jugo de la verdadera sabiduría. Pero no paraban aquí los recursos de la enseñanza; pues además de la lectura particular que debía hacer cada uno de por sí, estaba prevenida por lei una lectura pública en la fiesta de los Tabernáculos, á la cual concurría todo el pueblo por espacio de ocho dias. Y fuera de esto, segun advierten Filon y Josefo, se daba una lectura y explicacion todos los sábados entre los judíos.<sup>1</sup> No pasaremos á otros pormenores: lo dicho nos basta para desafiar á todo el mundo á que nos presente un sistema mejor combinado y mas sencillo de conservar en la inteligencia y memoria del pueblo, su historia, su religion y su lei. ¿Qué debía resultar de aquí? Dos consecuencias infalibles: primera, una facilidad suma de que el pueblo retuviese con inteligencia en su memoria todo el contenido del Pentateuco; tercer hecho sobre que llamamos la atencion de nuestros lectores: segunda, una dificultad absoluta de que por ignorancia ó error del pueblo judío, sufriesen alteracion alguna los libros de Moises. Pasemos á la cuarta observacion.

Hemos dicho que el texto autógrafo estaba depositado en lo interior del Arca. Ahora bien: de este ejemplar autógrafo sacaban los levitas y sacerdotes las copias necesarias, que releían con sumo cuidado y colacionaban con el texto original, á fin de corregir al momento cualquiera falta que por malicia ó negligencia hubiesen cometido los copistas. Los reyes futuros del pueblo de Dios estaban obligados por una lei formal á recibir de manos de los sacerdotes un ejemplar mui correcto de la lei mosaica, para copiarle de su propio puño y leerlo asiduamente toda su vida. Tal era la escrupulosidad con que siempre se procedía en la formacion y circulacion de las copias; escrupulosidad que excluye por sí sola todo temor de cualquiera alteracion sustancial.

Resulta de lo expuesto, que hasta el tiempo de Jesucristo no pudo haber ignorancia ó error que alterase los libros de

<sup>1</sup> Certitude de la religion révélee par Jesus-Christ. Ch. VIII, §. 306.

Moises. ¿De entónces acá podrá suponerse? Reflexionemos, por una parte, que el pueblo judío cuenta ya diez y ocho siglos de dispersion, y que en medio de la desmembracion mas completa que jamas hubo, el mundo se sorprende con el espectáculo de la *unidad mas prodigiosa* que puede imaginarse. Todo este pueblo conserva hoy los mismos libros, el mismo estilo, las mismas prácticas sustanciales que cuando componia un Estado. Si pues, como no puede dudarse, el Pentateuco no presenta posteriormente discrepancias ningunas en el pueblo judío, á pesar de su milagrosa dispersion, este es un argumento mas demostrativo, que todos los anteriores, en favor de su integridad.

Con lo dicho basta para entender que tampoco se ha verificado alteracion alguna por un vicio de la voluntad; porque ningun argumento mas decisivo en favor de una voluntad mui agena de cualquiera pretension semejante, que la identidad perfecta que se reconoce y admira en todos los ejemplares de que se han servido los judíos durante los diez y ocho siglos que ya cuentan de dispersion. Sin embargo, si en la primera ó segunda época referidas existieron ó han existido uno ó mas judíos que allá en su interior hayan deseado corromper el texto de las Santas Escrituras, no es punto que disputamos: lo que importa saber es, que cualquiera designio de esa clase habria sido inútil, por la imposibilidad metafísica y moral que habia para realizarle. Imposibilidad metafísica, porque repugna intrínsecamente la suposicion de que se hubiera hecho con buen éxito un concierto secreto de voluntades depravadas entre la magistratura, el sacerdocio y el pueblo, subsistiendo al mismo tiempo sin alteracion el gobierno, el culto y los actos civiles y políticos de los ciudadanos. Debemos admitir, supuesta la autenticidad del Pentateuco, que en algun tiempo no estuvo corrompido ni el texto, ni su inteligencia, ni su aplicacion; que no pudo alterarse ninguna de estas tres cosas, sin alterarse en la parte proporcionalmente correspondiente el gobierno, el régimen religioso y las costumbres nacionales; y por consiguiente, que hai una intrínseca repugnancia entre la secreta combinacion de esos tres órdenes del Estado y la subsistencia pública y constante de las mismas prácticas exteriores. La imposibilidad moral resulta: primero, de que se hubiese pretendido con buen éxito semejante alteracion, con la prohibicion terminante de una lei que hubiera hecho morir á los infractores; y que sin embargo, un *hecho tan ruidoso* y tan influente hubiese permanecido oculto en todos los siglos: segundo, de que tal alteracion se hubiera verifi-

cado sin reclamo ninguno, á pesar del cisma enconado y pertinaz de los samaritanos: tercero, de que se hubiese combinado toda la tribu de Leví, á ciencia y paciencia del gobierno y de las otras tribus; ó algunas de estas, sin embargo de la custodia de aquella. Sería necesario para todo esto fingir una infinidad de absurdos, y suponer al mismo tiempo, sostenido por espacio de cuarenta siglos, el mas completo trastorno en las esencias de las cosas y en las leyes morales; y lo que es todavía mas maravilloso, que todas estas cosas hubieran pasado sin que chocasen á persona alguna.

## II.

*De los gentiles.*

Es un hecho constante que los gentiles anteriores á Jesucristo no podian recibir el Pentateuco sino de mano de los judíos; y bajo este respecto estaban en la alternativa de conservarle íntegramente, ó de no conseguir nada con desfigurarle; pues para hacer valer como auténticas sus enmiendas ó ficciones, necesitaban asociar á esta empresa á todo el pueblo judío; cosa de todo punto imposible, segun hemos demostrado ya.

En cuanto á los gentiles de los tiempos modernos, entre quienes contamos á los mahometanos, dirémos lo mismo; pues el argumento que precede tiene aquí la misma fuerza, y aun una fuerza mayor; porque si en la primera época no necesitaban de corromper mas que al pueblo judío, en la segunda habrían menester igualmente complicar en su impostura á todo el pueblo cristiano, es decir, á la mayor parte de los hombres. Esto es claro y decisivo: porque, repetimos, no se trata de saber si en algun tiempo han querido engañar, sino de investigar si en algun tiempo ha sido posible poner en esta materia cualquiera impostura ó ficción á salvo de la crítica, y sin recursos para el desengaño.

## III.

*De los cristianos.*

Este pueblo y el judío son contradictorios en el punto capital que divide sus creencias y que sirve de basa á su conducta política y religiosa: son enemigos irreconciliables, y sin embargo, ambos reconocen el Pentateuco, sin discrepar en ninguna de sus partes. Luego estos libros no han sufri-

do alteracion alguna, y se conservan, por tanto, en su primitiva pureza. Esto es concluyente, y por tanto, nos pone un justo límite para no dejarnos extender mas, ni en el número, ni en el desarrollo de las pruebas.

Para concluir, dirémos una palabra sobre las objeciones que suelen ponerse contra la integridad del Pentateuco. Se dice con aire de triunfo, que Esdras le trastornó todo: calumnia desmentida por todas las reglas de crítica, y que ha servido solo de añadir nuevos triunfos á la verdad; pero oigamos á Bossuet. “Este es, dice, un error de los mas groseros: estos milagros y estas predicciones están de tal manera esparcidos en todos estos libros, son de tal manera inculcados, y repetidos tan frecuentemente de tan diversos modos, y con tan gran variedad de imágenes tan persuasivas, y en una palabra, forman de tal manera el cuerpo total, que es necesario no haber abierto siquiera estos santos libros, para no ver que es todavía mas fácil refundirlos, por decirlo así, enteramente, que añadirles las cosas que tanto sienten los incrédulos hallar en ellos; y aun cuando se les hubiese concedido todo lo que ellos piden, lo milagroso y lo divino forma de tal modo el fondo de estos libros, que se encontraria aún en ellos, aunque nada de eso tuviesen. Supongamos que Esdras haya añadido las predicciones de las cosas ya sucedidas en su tiempo, despues de verificadas; pero las que se cumplieron posteriormente, como por ejemplo, en tiempo de Antioco y de los macabeos, y otras muchas que se han visto, ¿quién las habrá añadido? ¿Acaso habrá dado Dios á Esdras el don de profecía, para que la impostura de este profeta fuese verosímil; y se querrá mas que un falsario sea profeta, que no Isaias, Jeremías ó Daniel?”<sup>1</sup>

De ordinario las objeciones que se hacen contra los libros santos, no traen otro origen que la corrupcion propia de la incredulidad, y la superficialidad extrema de los conocimientos en estas materias: se grita mucho y nada se prueba; porque ni puede probarse cosa alguna sustancial contra una autoridad tan esplendente y reconocida, un consentimiento tan uniforme, una tradicion tan calificada, y un testimonio tan constante y tan antiguo.

“¿Qué se dice, en efecto, para autorizar la suposicion del Pentateuco, y qué puede objetarse contra una tradicion de tres mil años, sostenida por su propia fuerza, y por el encadenamiento de las cosas? Nada de conseqüente, nada de positivo, nada importante: algunas cavilaciones sobre los nú-

<sup>1</sup> Discours sur l'histoire universelle, deuxieme part., ch. XXVII.

meros, las localidades, ó los nombres, y observaciones tales, que en cualquiera otra materia pasarían, cuando mucho, por curiosidades estériles, incapaces de tocar en el fondo de las cosas.”<sup>1</sup>

## CAPITULO II.

### LIBROS DE LOS PROFETAS.

Con este nombre de *Profeta* se designan en la Sagrada Escritura, no solamente aquellos hombres que anuncian por divina revelacion cosas futuras, sino tambien algunos otros singularmente privilegiados por las eminentes cualidades de su espíritu, ó por otros dones del Espíritu Santo, distintos de aquel que en extricta significacion se conoce con el de profecía. El hombre dotado con conocimientos superiores en las cosas divinas ó humanas, el que manifestaba penetracion de las cosas ocultas, aquel á quien Dios hacia hablar sin que entendiese lo que hablaba, el que hablaba en nombre de otro, como Aaron en el de Moises; el que componia ó cantaba en honor de la Divinidad himnos sublimes, que anunciaban una inspiracion sobrenatural, y por último, el que obraba alguna maravilla ó milagro, todos estos se designan á su turno con el nombre de profetas.<sup>2</sup> Es necesario tener esto presente, porque de otro modo se daría márgen á mil dificultades excusadas y muchos errores de trascendencia. Esta es táctica mui antigua de los incrédulos, quienes “confundiendo, como observa Amat, las diferentes significaciones, suelen presentar el oficio de profeta como un arte que se aprendía como los demas, á cuyo fin, dicen ellos, habia escuelas y colegios de profetas entre los judíos, como se lee en la misma Escritura: arte (añaden) que conocian tambien las otras naciones. Distinguiendo pues las varias acepciones del nombre profeta, se responde tácitamente á los frívolos argumentos de los enemigos de la religion, que á falta de razones sólidas, echan mano de sofismas compuestos con cierta sal y agudeza para fascinar á los sencillos ó incautos lectores.”<sup>3</sup>

<sup>1</sup> El mismo, en la misma obra, 2.<sup>a</sup> parte, cap. 28.

<sup>2</sup> Bergier. Dicionario teológico, artículo *Profeta*. (Extracto.)

<sup>3</sup> La Sagrada Biblia nuevamente traducida.—*Advertencia sobre los profetas en general.*

Quando hablamos pues de los profetas, tomamos esta palabra en su sentido mas estricto, entendiendo por tales aquellos hombres á quienes Dios ha revelado cosas futuras que no puede prever la sabiduría humana, para que las anuncien á los hombres. Hai diez y seis profetas, á cada uno de los cuales corresponde en el Antiguo Testamento un libro que lleva su nombre bajo la designacion comun de profecía. Son pues los siguientes. La profecía de Isaías, la de Jeremías y su discípulo Baruch, la de Ezequiel, la de Daniel, los cuales se llaman profetas mayores, y las de Oseas, Joel, Amós, Abdías, Jonás, Micheas, Nahum, Abacuc, Sophonías, Ageo, Zacarías y Malaquías, que son profetas menores. Tales son los libros proféticos sobre que vamos á hablar. Las cuestiones particulares que se refieren á la profecía, y las consecuencias que de ella deban inferirse, no son de este lugar. Por ahora solo tratamos de dejar establecida y comprobada la autenticidad de estos libros, como primera basa de toda la doctrina que en ellos se contiene. ¿Existieron sus autores? ¿Escribieron estos libros? ¿Los escribieron en el tiempo sucesivo que indica su cronología? He aquí lo que al presente nos importa discutir. ¿Fuéron verdaderos órganos de la Divinidad, al predecir lo futuro? Este es punto que debe tratarse cuando se hable de la mision respectiva. ¿Dijeron la verdad y dieron con esto una prueba incontestable á la religion que habia de establecerse? Este es un punto que á su turno tendrá lugar, cuando vengamos á Jesucristo, término legítimo de todo el Antiguo Testamento, objeto de las profecías y fundamento del cristianismo.

El órden de las cuestiones que nos hemos propuesto, parece exigir que se pruebe de un modo sucesivo la existencia de los profetas, la sucesion cronológica de sus profecías; pero siendo unos mismos los argumentos que hai para todo, nos limitaremos, en obsequio de la brevedad, á una demostracion comun que lo comprenda todo. Probar que existieron los profetas en el sentido riguroso de esta palabra, y tal como nos los manifiesta el Antiguo Testamento, es demostrar, no solo su existencia y la de sus predicciones, mas tambien que estas se fueron sucediendo segun el sistema cronológico con que se refieren en los libros santos. Por otra parte, no es necesario llevar á tal punto la escrupulosidad sobre esta materia, que haya de dividirse todo el cuerpo de las profecías para fijar esmeradamente la época precisa de cada una. En materia de profecías basta demostrar que ellas fueron realmente anteriores á las cosas predichas; que no pudieron ser de ningun modo el efecto de la prevision natural, y que se

Tom. I.—40.